

# ¿Interpretar la amnistía?

ANDRES AYLWIN A.

(Viene de la Pág. 10)

amenazó con un autogolpe en Guatemala. Las naciones de la OEA también han trabajado juntas para apoyar la democracia en El Salvador, Perú, Nicaragua, Surinam, República Dominicana y, por supuesto, Haití. Con el apoyo vital de la comunidad internacional, Haití se ha liberado de su pasado caótico, violento y dictatorial y está construyendo una sociedad libre basada en la justicia, la reconciliación y el imperio de la ley.

Esos mismos principios deberían guiar también las relaciones entre los estados en la región. La expansión de la democracia y el crecimiento de la libertad política han ayudado a reducir el peligro de guerra en el hemisferio. La única disputa militar reciente es el conflicto limítrofe entre Perú y Ecuador. Chile y EE.UU., junto con Argentina y Brasil, están combinando sus energías diplomáticas para obtener un acuerdo negociado. Al mismo tiempo, observadores militares de nuestras cuatro naciones están controlando las regiones en disputa y ayudando a mantener el cese del fuego. Si bien la querrela entre Perú y Ecuador sigue siendo una excepción desafiante y preocupante, la regla en el hemisferio es tranquilidad y cooperación sin precedentes.

No hace mucho, Argentina y Brasil diseñaron puentes en su frontera que se derrumbarían en caso de que tanques de ataque intentaran cruzar de un lado a otro. Argentinos y chilenos minaban sus pasos fronterizos. Pero hoy, los puentes y caminos llevan comercio, no tanques. Ingenieros chilenos y argentinos están diseñando un gasoducto a través de Los Andes. Las FF.AA. de Brasil, Argentina y otros estados destinan cada vez más sus recursos a operaciones regionales e internacionales de paz.

Entonces, nosotros los americanos —sea que vivamos en Norteamérica, Latinoamérica o el Caribe— hemos contribuido a una de las epopeyas más grandes de la historia humana, y uno de los hechos más esperanzadores de fines del siglo 20: la reafirmación y el reforzamiento de la libertad política y económica. Puede ser verdad que el fenómeno en nuestro vecindario no haya producido ninguna imagen tan espectacular como la de los alemanes derribando el Muro de Berlín o la de los campesinos camboyanos cruzando campos minados para votar contra el Jemer Rojo. Pero las victorias acumuladas de la democracia en este hemisferio son causa de especial orgullo para quienes vivimos aquí. Ninguna otra región del mundo está tan unida como la nuestra al momento de asegurar uniformemente mercados abiertos, sistemas políticos abiertos y una paz amplia. Y en los años venideros, ninguna nación en el hemisferio será más importante para consolidar esa victoria que Chile. Nos sentimos honrados de ser sus amigos, socios y vecinos en esa gran tarea.

A partir del 11 de septiembre de 1973, y durante largos años, nunca las personas más cruelmente agredidas en sus derechos humanos tuvieron la posibilidad real de acceder a la justicia. Fueron tiempos en que, cuando los hombres o mujeres arrestados arbitrariamente recurrían de amparo a los tribunales, la respuesta de éstos era siempre la misma: "Atendido el estado de sitio no ha lugar a lo solicitado". Muchas de estas personas integran hasta hoy la lista de detenidos desaparecidos.

En ese mismo tiempo, casi un centenar de personas fue condenada sumariamente a muerte por Consejos de Guerra, declarándose la Corte Suprema incompetente para conocer de esos procesos aberrantes. En aquellos días, no había abundantes constitucionalistas que se pronunciaran contra este tipo de monstruosidades.

Durante esos mismos años, cuando las familias de las víctimas de los peores asesinatos, torturas o desaparecimientos interponían querrelas criminales, la providencia era también invariablemente: "No señalándose el nombre de los posibles hechos, se declara inadmisibile la querrela". La exigencia era que ésta debía individualizar con sus nombres a los hechos, lo cual, como se comprende, era absolutamente imposible en esos días.

En otro aspecto, y dado el clima de terror existente, era absolutamente imposible conseguir un testigo para nada. Podría narrar millares de vivencias en este sentido. Relato sólo una: una mujer presenció el arresto de un dirigente sindical. Al expresarle yo que la señalaría como testigo, se desesperó y llorando amargamente me dijo con palabras desgarradoras: "Usted no puede hacerme eso a mí, me van a matar, yo tengo mi

marido inválido y tres hijos que alimentar. ¿Quién se va a preocupar de ellos? ¿Acaso usted?"

¿Otras pruebas? Imposible. Existía toda una institucionalidad comprometida con el crimen. Recordemos sólo un caso: se estaba avanzando en un proceso por la detención y desaparecimiento de trece personas a fines de 1976. Se trataba de la casi totalidad de la directiva del Partido Comunista. Pues bien, a los pocos días se acompañó al proceso, por el minis-

llorar solos sus dolores, víctimas además del escarnio de las autoridades y medios de comunicación.

En ese clima, conseguir abogados para defender a las víctimas del dolor era casi imposible. Todos eran perseguidos en mil formas diferentes.

Ante tanto atentado a la vida y denegación de justicia, los abogados Jaime Castillo, Eugenio Velasco, Héctor Valenzuela y yo decidimos recurrir en junio de 1976 a la Organización de Estados Americanos. "Vende patrias", "traidores", "embusteros", se nos dijo por la generalidad de los medios de comunicación. Mientras tanto, rufianes permanecían día y noche frente a nuestros hogares. Los resultados se vieron muy pronto: Eugenio Velasco y Jaime Castillo fueron expulsados del país; yo, un tiempo después, relegado. En cuanto a Héctor Valenzuela, enfermó gravemente y murió, no sin antes ser reiteradamente citado a Impuestos Internos.

En marzo de 1978 se dictó la ley de amnistía y, desde ese momento, se dificultó aún más la lucha por la verdad y la justicia. La expresada ley significó más dolor y más lágrimas de impotencia para los familiares de las víctimas. Y, en ese clima de profunda frustración, la voz de paz y no violencia de la Iglesia y otras organizaciones debió hacerse más fuerte para contener la indignación frente a la burla y el escarnio. "Hay que esperar", le dijimos al mundo del dolor, "ya vendrán tiempos para la verdad y la justicia".

Entre tanto, las expresiones de dolor e indignación de los familiares de las víctimas se hacían más patentes públicamente. Y ello implicaba más golpes, más arrestos, más vejaciones.

Frente a la ley de amnistía, la posición de los profesionales comprometidos con los derechos

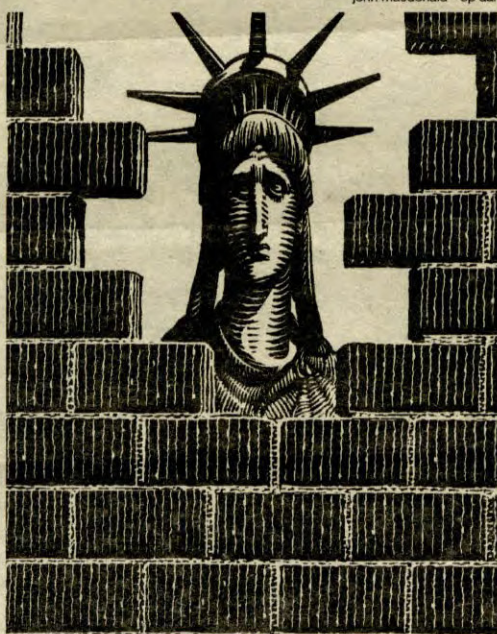
humanos fue clara. Ella constituía un auto perdón, carecía de la legitimidad que emana del consentimiento de la comunidad y, más aún, era nula, pues violentaba convenciones internacionales suscritas por Chile, que impiden la impunidad tratándose de violaciones a los derechos humanos que impliquen políticas represivas de eliminación de disidentes. Por esta misma razón, el compromiso de la democracia que emergía fue derogar o anular la expresada ley.

Es cierto, no hubo mayoría en el Parlamento para derogarla, pero de ahí a pretender interpretarla con el propósito de extender sus efectos, existe un abismo que a nuestra democracia naciente no se le puede éticamente pedir.

Comprendemos el dolor de algunos uniformados porque compañeros suyos sean citados a los Tribunales. Pero que también todos entiendan que los que le pedimos paz y no violencia a millares de personas, víctimas de los peores crímenes y escarnios, hoy no podemos infligirles a ellos el nuevo dolor de que la democracia ponga la última palada de tierra sobre heridas aún sangrantes y esperanzas siempre latentes. Eso, al menos para mi conciencia (respeto la de otros), es éticamente imposible.

Todo esto incide, por otra parte, en un eterno volver a la misma historia: crimen durante la tiranía y, después, libertad bajo el precio de olvidar el crimen. Esa lógica cruel algún día hay que desterrarla para siempre. Tengamos el coraje de hacerlo ahora. No por odio, sino por la necesidad de reencontrarnos todos en la afirmación teórica y testimonial de que jamás, cualesquiera sean las circunstancias, un ser humano puede ser torturado, hecho desaparecer o asesinado por supuestas razones de Estado.

Andrés Aylwin Azócar es diputado del PDC por San Bernardo.



john macdonald - op aart

tro del Interior, "certificados oficiales" que acreditaban que esas personas habían abandonado el país rumbo a Argentina. Conjuntamente con ello, los medios de comunicación de entonces hablaron del fin del "show de los desaparecidos". Después de varios años se acreditó la burda falsificación de dichos certificados.

En estas circunstancias, aquellos años fueron muy difíciles para decenas de miles de chilenos. Los torturados debían quedarse con sus torturas y los familiares de los ejecutados o desaparecidos debían

perdurar, como perduran los personajes de otros narradores nacionales, más lineales y menos complejos que los creados por estos dos narradores.

perdurar, como perduran los personajes de otros narradores nacionales, más lineales y menos complejos que los creados por estos dos narradores.

Frontera, por otra parte, que podemos considerar con justicia la obra cumbre de Luis Durand, junto con presentar tipos tan ricos en psicología y tan profundamente chilenos como Anselmo Mendoza y Boca Santa, mujeres valerosas y valientes, es también una novela épica de cómo se fue construyendo la frontera chilena, con sus grandezas y miserias, con sus abusos y generosidades, que es bueno recordar junto con las festividades que han realizado el centenario de Temuco, en donde se sitúa esta novela de Durand, que merece los honores de una reedición.

Creemos que se lo merece este gordo miope y bonachón, él también, en la vida real con muchos ribetes de los personajes que creó en el aguafuerte de sus cuentos y novela, identificado como pocos con la tierra chilena y sus costumbres, como que a su pluma se debe uno de los mejores ensayos de la cueca que conocemos, género en el cual incursionó con maestría.

Santiago Quer Antich

## Centenario de Luis Durand

SANTIAGO QUER A.

Cien años se cumplen este año del nacimiento de Luis Durand y, hasta donde tenemos noticias, no ha habido actos recordatorios de este talentoso y vigoroso narrador criollista.

Bien es cierto que el criollismo, como tendencia literaria, ha sido largamente sobrepasado por otras escuelas literarias; que ha quedado arrumbado, después de las polémicas que generó en los 50 entre escritores de las generaciones del 38 y del 50 y por los hombres del boom; que ha pasado a ser una ficha más en la historia literaria de Chile. Y hoy son más leídos autores de la generación precedente que los criollistas.

Nos parece una situación injusta. Los criollistas descubren Chile: su tierra y su gente. Tanto Mariano Latorre como Luis Durand y, aunque con tónica distinta, Eduardo Barrios.

Luis Durand asoma, a la literatura, desde el sur, a fines de la década del 20, cuando Latorre tiene un prestigio bien ganado y comanda a los criollistas. Durand incursiona en otro campo: en la sicología del hombre de nuestro pueblo de origen rural. Forma parte de todas las antologías el cuento *Afueros*, que es, desde este punto de vista, destacable. Fue un excelente cuentista, que al criollismo unió varias caracte-

rísticas del naturalismo; buen muestrario de su maestría de cuentista es *Mi amigo piden*. Y un buen novelista rural, como demuestra *Mercedes Urizar*.

Junto con Eduardo Barrios, a fines de la década del 40, trazan ambos la figura de dos personajes campesinos en extinción, admirables: Durand, a Anselmo Mendoza, el hombre rudo que se forja en la fragua violenta, a fuerza de puro ñeque, de la frontera, una vez incorporada definitivamente al territorio nacional en *Frontera*; y José Pedro Valverde, el protagonista de *Gran señor y rajadiablos*, gran señor rural de Melipilla de una etapa de propiedad de la tierra en extinción.

Son dos tipos de héroes novelescos de una rica psicología, que llenan con su presencia y vitalidad todas las páginas de la novela y que merecen un estudio en profundidad, más allá de tendencias literarias, porque son, a no dudarlo, dos tipos humanos en estrecha identidad con su tierra y sus costumbres, que han de

Strobe Talbott es vicesecretario de Estado de Estados Unidos. Esta es una versión de su discurso ante el Consejo Chileno para las Relaciones Internacionales.